

072. En la nueva creación

San Juan Crisóstomo, uno de los Padres y Doctores más egregios de la Iglesia antigua, nos dice hablando de la subida del Señor al Cielo después de resucitar: *El hombre se encontraba tan abajo que ya no podía descender más, y sube tan alto que ya no puede ascender más.*

Genial. Pero, ¿de quién habla aquí el Santo Doctor: de Jesucristo o de nosotros? De los dos.

Adán en el paraíso, y nosotros después, habíamos bajado tan hondo por el pecado que ya no podíamos ir más abajo, porque en realidad no teníamos más destino que la condenación misma de Satanás. Imposible bajar más.

Viene Jesucristo, el Dios hecho hombre, toma sobre Sí nuestra culpa, paga por nosotros, nos une a su misterio salvador, resucita, une consigo nuestra naturaleza salvada, se eleva hasta colocarse a la derecha de Dios, y allí, con Él, nos tiene colocados ya a nosotros. Imposible subir más.

Este es el misterio redentor. Morimos con Cristo, resucitamos con Cristo, subimos con Cristo al Cielo, y con Cristo reinaremos sin fin. El Catecismo de la Iglesia Católica nos lo expresa de esta manera:

“Del mayor mal moral que ha sido cometido jamás, el rechazo y la muerte del Hijo de Dios, causado por los pecados de todos los hombres, Dios, por la sobreabundancia de su gracia, sacó el mayor de los bienes: la glorificación de Cristo y nuestra Redención” (312)

Es lo que conmemoramos cada domingo en la Iglesia con la Eucaristía, haciendo el memorial del Señor, que muere, que resucita, que sube al Cielo, que manda a la Iglesia su Espíritu Santo para santificarla hasta el fin, cuando la glorifique plenamente con su venida postrera.

Esto es lo que la Sagrada Escritura llama la *Nueva Creación*, en la que está situado y en la que se desenvuelve la vida del cristiano, como cantamos en nuestras asambleas:

Camina, Pueblo de Dios.

Nueva ley, nueva alianza, en la nueva creación.

Mira allá: en el Calvario, en la roca hay una cruz,
muerte que engendra la vida, nuevos hombres, nueva luz.

Cristo nos ha salvado con su muerte y resurrección.

Todas las cosas renacen en la nueva creación.

Hay nuevos mundos abiertos en la nueva creación.

La nueva ley es el Espíritu Santo, mandado por el Resucitado en Pentecostés, ley escrita en corazones de carne, no en piedras de pedernal. Así caminamos ahora, cargados con la felicidad de la Gracia y la libertad del que vemos subir al Cielo.

El cristiano vive en plena pascua todos los días, porque la vida de Jesucristo el Resucitado entra con fuerza en nuestra vida y la transforma en una vida nueva, en vida eterna, en esa vida en la cual Jesucristo ha entrado ya y en la que nos está esperando. Ahora esa vida es una realidad escondida, pero llegará un día en el que se revelará a plena luz, cuando seamos revestidos de inmortalidad y aparezcamos con Cristo en su misma gloria.

Jesucristo nos lo ha dejado entrever todo con aquella escena indescriptible de su Ascensión al cielo, escena trazada con pinceladas inimaginables en los Hechos de los Apóstoles. Al verlo subir de aquella manera hacia las alturas, Jesucristo se convierte en un imán irresistible. El cristiano se ve dichosamente forzado, sin que lo pueda remediar casi, a suspirar por aquel Cielo en el que Cristo ya ha entrado de manera triunfal. Al pensar en este misterio, las palabras de San Pablo adquieren un vigor pleno: “*Buscad las cosas de allá arriba, donde Cristo está sentado a la derecha de Dios; gustad las delicias aquellas, y no las de la tierra, porque vuestra vida está escondida con Cristo en Dios*” (Colosenses 3, 1-3)

Es bonita la leyenda de aquel peregrino por la tierra de Jesús. Visita Belén, Nazaret, el Sepulcro en Jerusalén, el Lago de Galilea... Quiere terminar su estadía en el Monte de los Olivos, y mira la roca en la que se posaron los pies de Jesús por última vez antes de emprender la subida al cielo en la Ascensión. Besa la piedra, llora... *¿Aquí? ¿Aquí estuvieron tus pies, Jesús?...* No puede más con su emoción, agoniza, muere, y allí mismo emprendía su alma el vuelo hacia las alturas... *(Lo cuenta cándidamente San Bernardino de Siena)*

Leyenda. Pero que entraña en su candor toda la mística cristiana.

Y esto no es pura imaginación nuestra, porque el Espíritu Santo se ha encargado de hacerlo una realidad espléndida. Mientras el mundo que vive de espaldas a Cristo se sumerge cada vez más en la oscuridad y en el vacío, el mundo de los que han aceptado la Redención de Jesucristo por la fe y el amor, camina en medio de esplendores que no se apagan nunca. El Espíritu Santo realiza esa Nueva Creación, que culminará en el Mundo Nuevo definitivo, en el que ya no habrá más que paz, dicha, felicidad sin fin.

Cuando pensamos en estas verdades tan elementales de nuestra fe —y que nosotros vivimos dichosamente por gracia de Dios—, nos preguntamos también: ¿por qué hay tanto dolor en el mundo, si Cristo ya padeció por nosotros? ¿Por qué tantos hermanos han de estar siempre en Viernes Santo, sin saber lo que es un Domingo de Pascua? ¿Por qué tantos y tantos se ven apegados a la tierra, sin aspiraciones al infinito, a la inmortalidad, a la dicha verdadera? ¿Por qué tiene todavía en el mundo tanto dominio el pecado, si el Espíritu del Señor vino a barrerlo de la faz de la tierra en Pentecostés?... Nos queda mucha faena por realizar, si nos queremos poner a disposición de Jesucristo para trabajar por el Reino.

Nuevas criaturas en la nueva creación. Hombres y mujeres que vivimos ya la vida de Cielo, mientras que trabajamos por la tierra todo lo que podemos. ¡Esto somos los cristianos!...